

HOMILÍA DOMINGO XI TIEMPO ORDINARIO CICLO B

P. Emilio Betancur

PROMESAS Y SEMILLAS.

¡Quién no conoce a quien dedica tiempo a otros para que aprendan, o gente dedicada al bien de la sociedad cuidando el medio ambiente o luchando por la paz. Tampoco son pocos los hogares que avanzan en medio de la cordialidad, el diálogo y el amor mutuo. Y cuántos son los grupos dedicados directamente a la evangelización! No se puede pasar desapercibidos el esfuerzo humano, político y económico de propuestas que hagan posible un cambio, una nueva imagen de país o unos correctivos necesarios para la mejor marcha de la convivencia ciudadana, o un renacer de esperanzas ante tantas ilusiones retardadas: nos desanima la grandeza de lo prometido y la pequeñez de lo obtenido; de ahí que los ciudadanos tengan que exigir más y más a sus líderes; pero, sin dejar de lado algo más profundo y decisivo en la sociedad: Hemos abandonado la fuerza interior de las personas; dejamos de lado la vida interior de cada hombre o mujer como materia prima de su vida y desarrollo para el bien común. El mejor ejemplo es el de la tecnología que quiere dejar de lado el humanismo llenándonos de gente inteligente por su ciencia, que también se necesita para la cualificación de la humanidad pero, no relativizando a los sabios, quienes son inteligentes; pero no todo inteligente es sabio. Esta falta de sabiduría sí que tiene que ver con la política y las promesas de campaña. Puede ser que algunas cosas que nos dijeron en la campaña electoral, como promesas queden en nuestro corazón como buena semilla; es el tema del evangelio de hoy. La historia de la semilla es totalmente diferente a las promesas inocuas de la sociedad política: La semilla no defrauda, no tiene efectos espectaculares, por eso no podemos tener la tentación del efecto a corto plazo, la semilla no crece estirándola. Las promesas no necesitan de Dios, las semillas sí, por tratarse de Dios mismo en nuestro interior. Con la semilla ocurre que pasan noches y días sin que el sembrador sepa cómo la semilla germina y crece y la tierra por sí sola va produciendo el fruto hasta que el hombre echa mano de la hoz pues ha llegado el tiempo de la cosecha. La semilla en contacto con la tierra se desarrolla como pequeña raíz que va descendiendo hacia lo profundo de la tierra, pero también hacia arriba va brotando un pequeño tallo que va hacia la luz del sol. La belleza y fortaleza de la planta dependen del equilibrio de estas dos dimensiones, hacia abajo y subiendo. Este proceso bien conocido por la razón pero desconocido como experiencia lo llamamos "vida interior". Las promesas son todas externas por eso no tocan o cambian el interior de las personas. La política es de exteriores y la semilla es de profundidad; interiores que, aunque no se contrapongan, tienen una jerarquía, por el acento ante la desproporción de los inicios, pequeños pero al final todo es grande. No hay que desesperarnos porque no vamos hacia la muerte sino hacia la alegría de la cosecha.

La parábola de la semilla en el interior puede servir para discernir el contenido de las promesas políticas, máxime cuando la parábola tiene un proceso de discernimiento como lo presenta el evangelio con la semilla de mostaza: "es la más pequeña de todas las semillas pero una vez sembrada, crece y se convierte en el mayor de los árboles y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden anidar en

sus sombras" (evangelio). Este crecimiento llamado "Reino de Dios", por no partir del hombre, sino de Dios como don, no tiene ningún fin distinto a servir desde el interior hacia el exterior que es la sociedad donde se ejecutan o mueren todas las promesas humanas.

EL CUIDADO CON EL INTERIOR.

A diario debemos poner un máximo cuidado al interior porque ahí nace y crece la semilla como proyecto que lo incluye todo.

Esta parábola es una ayuda para todos los descorazonados o desesperanzados por el incumplimiento de las promesas; pero al mismo tiempo no se puede dejar nunca el interior sin semillas para que crezca el Reino de Dios como servicio al crecimiento de la sociedad. En la vida de toda criatura humana está la fuerza de Dios, acéptela o no la persona; no es un problema de aceptación sino una propuesta, no excluyente, de ser humano. Esa fuerza interior es a la que hay que liberar del egoísmo para tener la libertad de servir a los demás siendo menos inhumanos.

UNA PROPUESTA DE ESPERANZA.

La primera lectura nos llena de optimismo por la actitud de Ezequiel con el Israel de entonces y ahora en todos nuestros exilios. Advertidas las consecuencias de la catástrofe, fue uno de los artesanos de la renovación de Israel quien decía en términos de esperanza los cuidados que Dios tenía con el viejo árbol (Israel) para replantarlo sobre la montaña de Israel, Jerusalén, anunciando así el retorno y la restauración del reino de Israel. Todos vendrán a hacer nido... el poder de Dios, la palabra, está en contraste con los ídolos. El poder de Dios es la eficacia de la palabra. El poema de la creación que corresponde a la misma época de este escrito repite el mismo refrán "Dios dijo y fue hecho" "Sabrán entonces los árboles del campo que el Señor, humilla los árboles altos y eleva a los pequeños; seca a los lozanos y hace florecer los secos"? (primera lectura).

Pablo concluye: "Hermanos siempre tenemos confianza, aunque sabemos que si vivimos en el cuerpo, estamos desterrados del Señor. Lejos del Señor caminamos, sin verlo todavía" (segunda lectura).

En medio de tantas dificultades, no pocas angustias, y un cúmulo tan grande de carencias a todos los niveles sociales; las lecturas de hoy, unidas a la celebración de la Eucaristía, memoria de la resurrección de Jesús, y en el contexto un regalo de Dios para darnos la esperanza que nos permita reposar y actuar porque nuestro futuro está en manos de Dios como lo estuvo en época de jeremías. Y "Si Dios tiene confianza en lo que Él hace porque no vamos a tenerla nosotros"?